

SITUACIÓN DEL REFORMISMO

La crisis universitaria de 1918 es, en última instancia, reflejo de la gran crisis social de comienzos de siglo. Ella no se produjo por generación espontánea, sino que respondió, en mayor o menor medida, a diversos factores (internos o foráneos) que no somos los primeros en puntualizar.

Suele mencionarse, en forma un tanto esquemática, el éxito de la Revolución Rusa, que abrió nuevas esperanzas para la humanidad derribando al régimen más atroz y arbitrario del mundo. Asimismo, la guerra del 14 demostró la estúpida crueldad de Occidente, que un momento antes pretendía la hegemonía universal y luego era incapaz de convivir ordenadamente. Esta guerra fue partida de nacimiento para superar todo un sistema de valores.

¿Qué valores eran éstos? ¿Existían, en lo referente a la cultura nacional?

Lo cierto es que algunos creyeron hallarlos en torno a la génesis colonial española (así Saúl Taborda en 1935), y otros en la tradición aborígen, que perdurara a través de la colonia y las guerras de la independencia. Este último estilo, que abrevia en los juegos esenciales de nuestra civilización, tuvo apasionados defensores en Echeverría, Sarmiento e Ingenieros¹. Poco sabía de ellos la universidad de 1918, maquinaria cerrada en sí misma, estéril y hueca. Un dómine tronaba desde el Olimpo y algunos privilegiados jovencuelos, libres de las bajas necesidades de la existencia, cabeceaban en sus pupitros. Un clan gobernaba la

¹ No es para nadie un secreto que nuestra cultura oficial, incluso la jurídica, es postiza e importada. Conviene recordar, en momentos en que vuelve a incensarse la figura estelar de "El Codificador" Vélez Sarsfield, las críticas de Alberdi y de Taborda, que probaron su carencia de sentido de la realidad. Y no se olvide a Tejedor, copiando frenéticamente la traducción francesa del Código Penal bávaro, para plasmar el nuestro; ni a la Constitución argentina reproduciendo el desiderátum del federalismo yanqui; ni a los "juristas" repetidores de Demolombe y Troplong (en 1938).

universidad como cosa propia: cada consejero elegía a su propio sucesor, y todos juntos a los profesores, reclutados entre amigos y parientes pobres. Erase un cosmos seráfico y feliz.

Pero he aquí que la oligarquía, atosigada de fraude e incompreensión, impotente para controlar el descontento activo de la opinión pública (recuérdese el auge anarquista, las huelgas patagónicas, la agitación de la UCR), optó por suicidarse elegantemente a manos de Sáenz Peña. Y el flujo romántico e inorgánico del Radicalismo asaltó el poder. La clase media ascendía.

La aristocracia criolla, perdidos los méritos que caracterizaron a un Mitre o a un Roca (sobriedad, talento), acentuaba sus defectos en el lujo fácil y se batía en retirada.

Resignado el poder al Radicalismo, abandonado el campo al inmigrante, quiso fortalecerse en la universidad. Pero era tarde. También los claustros estudiantiles se poblaban de voces nuevas, de hombres desconocidos que hallaban cerrado el camino hacia las posiciones anheladas y también merecidas. Era siempre la invasión de la clase media, hija del comerciante enriquecido. Hizo punta. Y el proletariado la aplaudió y le brindó su apoyo moral, dignificándola.

La rebelión partió de la Universidad de Córdoba. No es extraño, pues se trataba de una sucursal de Troglodita. En 1918 enseñaba Derecho Canónico, en el programa de Filosofía se destacaba el tópico "deberes para con los siervos", y en sus bibliotecas no existía un solo libro de Haeckel, Bernard, Stammler, Darwin, Marx, Engels...

Desde entonces, la lucha se integró con avances y retrocesos, con traiciones y sacrificios; pero los "valores intocables" estaban definitivamente muertos. Cuando esos valores no responden a la realidad de un pueblo, se convierten en mitos. Y ello no es menos cierto aunque hábiles cirujanos apliquen transfusiones paliativas, o los Spengler y los Toynbee renueven en la trastienda un ropaje que ya es disfraz.

Ante la crisis cabe reaccionar de tres maneras: o agotando en ella las fuerzas, o defendiendo los mitos, o partiendo hacia un nuevo rumbo. Esta fue la actitud de los jóvenes del 18, algo ingenua al comienzo, pero pronto comprendida hasta sus últimas instancias, a costa de persecuciones y dolores. Preguntar por la actualidad de la Reforma no significa averiguar si los planteos de 1918 tienen absoluta vigencia en 1959, sino evidenciar hasta dónde ha crecido su ser en el devenir histórico y cómo se ha adecuado, al descubrir la verdad de cada momento, sin defraudar empero su esencia y orientación primeras.

Muchos principios reformistas, rechazados al comienzo como "revolucionarios", son hoy moneda corriente que los antirreformistas aceptan o postulan como propias: periodicidad de la cátedra, concursos por oposición, participación estudiantil en el gobierno universitario, etc. Otros, en cambio, lamentablemente son resistidos aún: así, la agremiación obligatoria, que acabaría con la abulia de cierto sector del alumnado e impediría la atomización de las fuerzas juveniles, atomización estimulada, en nombre de una libertad absurda, por la reacción interesada en restar eficacia y representatividad al movimiento estudiantil.

Por ésta como por otras cosas, habrá que seguir combatiendo, seguros de que el triunfo será la última instancia que nos definirá en el tiempo.

En cuanto a la Facultad de Derecho de Buenos Aires, ella ha sido por tradición el escenario de la más trascendente lucha reformista. Tal vez porque en Buenos Aires esa lucha careció de la violencia física que registra la crónica en Córdoba o en La Plata. Aquí se condujo una polémica elevada; además, la misma índole de los estudios jurídicos capacita a profesores y alumnos —en ocasiones— para tratar muchos problemas con autoridad que otros universitarios no tienen. También la Facultad de Derecho ha sido el crisol de la aristocracia gobernante, que estimulada por Alvear contra Irigoyen, se hizo fuerte en el claustro desde 1923, y allí fue gestando el manotazo y el retorno. Por eso tuvo especial valor la actuación de los estudiantes de Derecho, censores implacables de esa triste y mediocre *dísie*. Y como resaca de tales circunstancias, todavía hoy, en una universidad bastante reformista, la lucha ideológica en Derecho tiene una acritud no conocida en otras partes.

Frente a los concretos problemas actuales, los reformistas entendemos que es indispensable fortalecer la Universidad Nacional contra los avances del sectarismo "del 28"³. Exigir mayores presupuestos y desconfiar de ayudas leoninas (al estilo de CAFADE o la *Rockefeller Foundation*, que intentan preparar técnicos y profesionales útiles, sí, para el imperialismo norteamericano). Afianzar algunos postulados meramente universita-

³ Y que el sectarismo es de ellos y no nuestro, lo prueba esta anécdota ocurrida en la Universidad de la República del Uruguay. Proyectaba su rector, Mario A. Cassinoni, un voto de adhesión a la universidad argentina, en las jornadas de setiembre del 58, cuando un consejero y decano manifestó que lo juzgaba inoportuno pues él era católico, y traer un problema de esta naturaleza a una universidad que —como la uruguaya— vivía en perfecta concordia, era crear problemas artificiales. Replicó entonces Cassinoni que esas palabras eran el mayor elogio a la universidad estatal y laica, donde un católico podía ser decano (¿se daría la inversa?), y donde se vivía en perfecta concordia...

rios (gobierno tripartito igualitario, docencia libre, agremiación obligatoria), luchar contra las limitaciones arbitrarias de todo tipo (al estilo de nuestro inoperante "Ciclo de Enseñanza Básica") y sobre todo, propugnar una auténtica unidad obrero-estudiantil. Por cierto que no pensamos ocupar la jefatura. Eso pudo darse (si acaso) en 1918, cuando el movimiento obrero apenas existía. Pero hoy, que es pujante y nos ha excedido con creces, aceptamos sin sonrojos marchar con él, aunque sea un poco a retaguardia. Sólo así cumpliremos lo nuestro en esta común tarea de emancipación.

Aunque no ganemos primeros la meta. Aunque no trabajemos al sol de mediodía. No es menos noble haber contemplado la oscuridad de la noche, a la espera del alba.

ENRIQUE BACIGALUPO - ALBERTO CIRA
HORACIO SANCUNETTI